

<https://doi.org/10.32735/S0718-220120180004700161>

9-30

**MIRADA IMPERIAL SOBRE TERRITORIOS DEL CONFÍN
DURANTE EL *FIN DE SIÈCLE*. EL CASO DE DOS VIAJERAS EN
CHILE: FLORENCE DIXIE E IRIS (INÉS ECHEVERRÍA BELLO)**

Imperial gaze over territories of the confine in the Fin de Siècle. The case of two women travelers in Chile: Florence Dixie and Iris (Inés Echeverría Bello)

ORINETTE A. SANDOVAL-CANDIA
Universidad Austral de Chile
osand002@gmail.com

MONTSERRAT N. ARRE MARFULL
Universidad Austral de Chile
Universidad de Lisboa
montserrat.arre.marfull@gmail.com

Resumen

El artículo revisa los discursos de viaje dentro de dos relatos escritos por mujeres durante el período imperialista del *fin de siècle*, quienes viajaron por espacios marginales a la modernidad. La primera autora es Florence Dixie, noble inglesa que escribe su relato de viaje a la Patagonia durante 1879, mientras que Iris (Inés Echeverría Bello), mujer igualmente aristócrata y chilena, escribe su periplo realizado por el lago Ranco en 1910. Independiente de la nacionalidad de origen de estas mujeres y sus diferencias personales, en tanto el rol jugado por ellas en el grupo de expedición, ambas escritoras viajeras son depositarias de una *mirada imperial*, que se vuelca en la manera que se internan narrativamente por los espacios explorados.

Palabras clave: Patagonia; lago Ranco; mirada imperial; viajeras en Chile.

Abstract

The article reviews the journey discourses in two narratives written by two women during the imperialist period of the *fin de siècle*, who traveled through marginal spaces to modernity. The first author is Florence Dixie, an English noblewoman who writes her travelogue to Patagonia during 1879, while Iris (Inés Echeverría Bello), an equally aristocratic, and Chilean woman, writes her journey made through Ranco lake in 1910. Independent of nationality of origin of these women and their personal differences, as long as the role played by them in the expedition group, both traveling writers are repositories of an *imperial gaze*, that shows in the way they go into theirs narrative through the spaces explored.

Key words: Patagonia; Ranco lake; imperial gaze; women travelers in Chile.

1. INTRODUCCIÓN

Desde antiguo que la literatura de viajes ha sido un referente en la construcción imaginaria del mundo. Muchos, de quienes han decidido salir de las fronteras de sus

espacios conocidos, han sentido –al regresar a sus territorios de origen– la necesidad de narrar sus experiencias y dar cuenta de sus aventuras y desventuras en dichos lugares lejanos y exóticos.

Las motivaciones de estos viajes hacia lo desconocido o hacia un espacio imaginado son de variada índole. Históricamente, razones de tipo económico, religioso o científico han movilizad el traslado. El viaje, y su consiguiente relato, hacia o en América, ha sido un tópic recurrente en la literatura tanto americana como europea. El siglo XIX, aun siguiendo con una trayectoria ya conocida, vio la expansión de estos movimientos transcontinentales como nunca antes se habían realizado. A los motivos económicos, religiosos y científicos, se sumaron los motivos de tipo turístico.

La antigua nobleza y nueva burguesía decimonónica –élites dominantes tanto de Europa como de América– vieron en el viaje de placer un muy buen modo de suspender momentáneamente sus existencias monótonas y cómodas y salir por sus propios medios a buscar esos lugares salvajes, vírgenes y exóticos que poblaban los libros de viajeros y cronistas imperiales; especialmente intenso, este deseo se manifestó hacia el *fin de siècle*, momento en el que las clases acaudaladas de los países industrializados gozaban de un boyante comercio, vieron en el viaje una manera adecuada de vivir nuevas experiencias que luego podrían compartir en sociedad¹.

Sin duda, no todos los viajes de ese entonces se realizaron a lugares considerados ignotos. Gran parte de los jóvenes de clase alta chilena, por ejemplo, desde mediados del siglo XIX realizaban una gira europea cuyo centro solía ser París. Otros viajeros decidieron también realizar viajes de tipo religioso (peregrinación) a Tierra Santa².

Los casos que revisaremos en el presente trabajo son los de dos mujeres escritoras y viajeras que decidieron emprender una travesía por lugares que consideraban alejados de toda acción humana: espacios *naturales vírgenes*, según las palabras de ambas. Las dos pertenecían a las clases aristocráticas de sus países de origen, estaban, asimismo, imbuidas de una perspectiva imperial del mundo, y consideraban el extremo sur de América como el último confin de la Tierra, donde el hombre (civilizado) aún no había puesto su ojo transformador.

Lady Florence Dixie (1855-1907) fue una mujer de la nobleza británica que tuvo una vida bastante dinámica. Fue, además de viajera tanto en América como en África, corresponsal de guerra, novelista y poeta feminista³. Casada con un aristócrata, fue madre dos veces, antes de su viaje a América del Sur. Ello no impidió su realización como mujer activa, siendo su marido compañero en muchas de sus travesías.

¹ Ver Mary Louise Pratt. *Ojos Imperiales. Literatura de Viajes y Transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010. Para Chile consultar Vicuña, Manuel. *La Belle Époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago de Chile: Sudamericana, 2001.

² Lorena Amaro Castro. “Una experiencia centrípeta: construcción de la autoría, modernidad y espiritualismo en *Hacia el Oriente*, de Inés Echeverría Bello”. *Taller de Letras* N° 53, 2013b: 151-161.

³ Mateo Martinic. “Comentario Preliminar”. En Florence Dixie. *A través de la Patagonia* [1880]. M. Teresa Velasco y Rosanna Martelli (trads.) y Mateo Martinic (ed.) Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1996: 5-9.

A través de la Patagonia es el relato de su viaje desde Inglaterra hasta Patagonia –específicamente hasta Torres del Paine– realizado en 1879 cuando Dixie contaba con 24 años, y sería publicado en 1880. La travesía entre Punta Arenas y las Torres del Paine (ida y vuelta) duró poco más de un mes y conforma el grueso de relato. En dicha travesía viaja acompañada solo por hombres: su marido, dos hermanos y amigos, además de otros que se unirían a ellos, en calidad de guías locales, al inicio del viaje desde Punta Arenas. Las motivaciones de su viaje son explícitas, y es principalmente conocer un lugar lejano y que se visualizaba como un espacio totalmente opuesto a la sociedad en la que vive. Patagonia generaba una expectativa de ser una tierra con “vastas regiones salvajes y vírgenes aún al paso del hombre” y con un “clima vigorizante”, totalmente lejos del vacío artificial de la modernidad (Dixie, 1996, p. 18-19).

Inés Echeverría Bello (Iris) (1868-1949) fue una aristócrata chilena, relevante figura del feminismo y del espiritualismo de vanguardia, siendo ensayista, novelista y crítica de arte. Realizó diversos viajes a Europa y Tierra Santa, desde muy joven, radicándose algunos meses y años en ciudades como París o Munich. Se casó con un hombre aristócrata, militar e hijo de terrateniente, y fue madre cuatro veces antes del viaje que referimos en este trabajo⁴. Muchos de sus viajes los realizó, también, junto con su marido.

Tierra Virgen es un relato de una travesía que Iris realiza por todo el lago Ranco,⁵ tanto por tierra como por barco, en 1910 (cuando ella contaba con 42 años), el que fue publicado ese mismo año. La travesía dura poco más de una semana, e Iris la realiza con algunos amigos: una amiga que no nombra, un sacerdote, un ex militar y su marido, además de un par de guías locales. Las razones de su viaje no las indica explícitamente, sin embargo es evidente que es un viaje que permitirá a su autora penetrar y descubrir un mundo prístino y salvaje –aunque dicho lugar ya pertenecía a la civilización en términos formales (al Estado de Chile)–. Iris está inmersa en sus reflexiones durante su travesía, y es lo que plasma junto con los acontecimientos narrados, empapándose con lo que el paisaje natural pueda entregarle. Es un viaje de goce, a fin de cuentas. Como bien escribe en su relato “todo paisaje para mí es un estado del alma” (Iris, 1910, p. 4).

⁴ Ver Lorena Amaro Castro. “Encuadres de la memoria: Cartografías y genealogías en los textos de Martina Barros e Inés Echeverría”. *Anales de Literatura Chilena*, Año 14, N° 19, 2013a: 137-157; Montserrat N. Arre Marfull. “De Sangre y de Raza: Imaginarios nacionales y biográficos en una escritora de la élite. Chile en la transición siglos XIX-XX”. En Raquel Crespo-Vila y Sheila Pastor (eds.), *Dimensiones: el espacio y sus significados en la Literatura Hispánica*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2017: 33-44.

⁵ El lago Ranco corresponde al tercer mayor lago de Chile tras el lago Llanquihue, con una extensión de 442 km². En sus riberas habitan 30 comunidades indígenas. Se encuentra ubicado en la provincia de Ranco, Región de Los Ríos. El lago recibe su nombre del mapudungun “Riw-ko”: Agua con oleaje. El lago Ranco posee alrededor de 11 islas, ocupadas hoy en su mayoría, por casas de veraneo y comunidades indígenas. Entre ellas destaca la isla Huapi, actualmente convertida en una reserva mapuche. Ver <http://www.chile365.cl/es-lagos-lagunas-chilenos.php>.

Ambas mujeres dedican sus textos. Creemos que es crucial transcribir dichos paratextos, a modo de introducción para así comprender más a fondo a las autoras, sus viajes, motivaciones y observaciones.

Florence Dixie inicia su texto escribiendo: “A su Alteza Real Alberto Eduardo, Príncipe de Gales, esta obra que describe seis meses de viajes por tierras inexploradas y vírgenes. Con su bondadoso permiso es dedicado respetuosamente por su segura y obediente servidora. La autora” (Dixie, 1996, p. 11).

Por su parte, Iris inicia su relato apuntando: “Dedicatoria. Al compañero único de los días sombríos, dedico estas páginas escritas en la hora de serenidad que precede a la tarde que va a comenzar...!” (Iris, 1910, s/p).

Podemos leer en estas dedicatorias ciertos elementos que pasaremos a revisar a lo largo del presente trabajo. Un aspecto, es el temple emotivo que envolverá las dos narrativas, lo que será un punto de alejamiento de ambos textos –pese a sus numerosas similitudes–. Dixie dedica su texto a alguien concreto y reconocido, el príncipe de Gales, la cara visible del gran Imperio Británico. Ella se establece como partícipe de esta empresa nacional, en tanto servidora, al demostrar que ha sido capaz de recorrer tierras aún inexploradas para ellos.

Por otra parte, Iris dedica su texto a alguien anónimo. No sabemos si ese sombrío compañero era alguien en particular (su marido o algún otro personaje de su vida) o bien refieren a un sujeto espiritual: su propia alma o Dios. La segunda parte de su dedicatoria indica una temporalidad que se está experimentando. Indica que es una hora calma, y que comenzará pronto la “tarde”. Utilizando la simbología del día y sus momentos, simbología recurrente en Iris,⁶ indica tal vez una posición vital de su existencia. Ella ya no es una muchacha, y está entrando tanto en una nueva década (1910) como en un nuevo período de su vida, en el declinar del día que es su vida⁷.

Vistas estas diferencias, proponemos que ambas narrativas de viaje poseen, sin embargo, importantes puntos de convergencia. Son estos puntos los que se analizarán a continuación.

2. IMAGINARIO EUROPEO COMO ESPACIO REFERENCIAL

Florence e Iris se saben pertenecientes a un *mundo moderno*, y saben también que en ese mundo es donde encontrarán a sus interlocutores, quienes descifrarán sus relatos, los que finalmente darán sentido al periplo realizado. Para hacer más inteligible sus narraciones, las autoras recurren a varios mecanismos. Uno es dar cuenta de detalles

⁶ En su obra *Alborada* (es decir, amanecer), que consta de seis tomos, también utiliza en sus subtítulos, referencias a las horas del día (Arre Marfull, 2017)

⁷ También, y es algo recurrente en su obra, ella cree firmemente en la renovación social y espiritual de Chile, y se siente testigo de un momento crítico, del fin de una era y la preparación para otra nueva. Por ello es señero la indicación de la “tarde”. Ver Iris. “Prólogo”. En *Cuando mi Tierra fue Moza. Amanecer*. Tomo I. Santiago: Nascimento, 1946: 5-9. De hecho, a lo largo del relato del viaje, Iris refiere esta idea de una nueva raza que ha de habitar esa maravillosa naturaleza (Iris, 1910, p. 87-88).

cotidianos o descripciones pormenorizadas acerca de sus experiencias, o bien, expresar lo que a ellas les parece curioso o nunca antes visto. Otro mecanismo es generar un paralelo entre lo que se está experimentando en este nuevo espacio, haciendo referencia a lugares comunes a la civilización (cultura europea), mecanismo enmarcable dentro de la idea de paralelismo textual⁸.

Quien más apela a estos paralelismos es, curiosamente, Iris, quien no es europea, aunque se siente estrechamente ligada a Europa, por genealogía, crianza y por haber vivido algún tiempo en algunas capitales de dicho continente. Ella no pierde oportunidad de exponer su bagaje cultural, su manejo de referentes de la alta cultura. Creemos que esta actitud, particularmente en Iris, obedece a tres cosas.

Por una parte, refiere a su necesidad de entroncar con la intelectualidad ilustrada chilena, principalmente, muy europeizada en ese entonces y esencialmente masculina. Por tanto, la lucha de Iris se libra en el terreno del conocimiento que ella tiene de referentes canónicos de la cultura, referentes instalados por una cultura letrada masculina y francófila. Como mujer que no accedió a educación formal, debe legitimar su escritura refiriendo figuras, imágenes, autores, que se supone son de cultura general en un intelectual.

En segundo lugar, los referentes europeos son los elementos que ella tiene a mano para poder traducir el mundo que está descubriendo. Por la propia educación a la que tuvo acceso, por los espacios sociales en los que ha habitado, ella conoce la producción historiográfica, artística y literaria francesa, inglesa o italiana, y en menor medida a la producción alemana o española. Desconoce casi totalmente lo realizado en Chile, y le es absolutamente indiferente lo que se produce en otros países americanos (Echeverría Bello, 2005, pp. 363-404).

En tercer lugar, Iris quiere dar énfasis a su relato en lo que concierne a destacar las maravillas del espacio por el que está transitando, en tanto todo ese cúmulo de bellezas naturales, que la traspasan anímicamente, son tanto o más maravillosas que los lugares que todo chileno aristócrata o burgués cree que va a encontrar en sus giras por Europa. Es decir, Iris quiere demostrar a sus lectores chilenos que, frente a ellos, literalmente bajo sus pies, existe una belleza inmaculada, que incluso sobrepasa la magnificencia del Viejo Mundo, esa que los libros relatan o que cualquiera en un viaje de turista podría apreciar.

Casi iniciado el relato, Iris indica: “El lago Ranco condensa y excede en belleza a todos los lagos de Suiza. Tiene el color del lago Ginebra eternamente azul, la fantasía del lago Lucerna en la soberbia entrada de sus golfos” (Iris, 1910, p. 8), y en un tono semejante más adelante declara “los indios se esconden en sitios que habrían envidiado los griegos para levantar sus templos” (Iris, 1910, p. 18), en evidentes referencias a paisajes de Europa que un lector medianamente instruido debería conocer.

⁸ Amaro Castro, 2013a, p. 150.

Cuando se internan en los bosques que circundan el lago, la autora sigue con sus descripciones extasiada por la belleza. Los referentes se multiplican. Iris describe su experiencia en este punto:

El bosque toma proporciones de catedral y semeja en sus altos robles esos vuelos tremendos de arcos que abrazan las bóvedas en luz vacilante a la caída de la tarde. Me parece encontrarme en un templo gótico con prolongaciones sombrías en rincones ignorados, con penumbras pálidas, con rayos fugitivos que agitan las sombras (Iris, 1910, p. 97).

En el bosque, posteriormente, el grupo no logra volver a tiempo y cae la noche. Aunque iban con guías, Iris entra en un estado de profundo temor en esa absoluta oscuridad, lo que va relatando con lujo de detalles.

Por su parte Florence Dixie es mucho más descriptiva y detallista acerca de los eventos diarios que acontecen en la expedición, y recurre menos al paralelismo explícito con espacios europeos. Utiliza, por supuesto, apreciaciones personales y una serie de adjetivos que van dando cuenta de los lugares y personas que conoce. Sin embargo, busca menos dar razón de sus sentimientos y más explicar el acontecer concreto de los días de viaje con la intención de armar un cuadro realista de su periplo.

En un momento muy particular, de los pocos donde ella penetra más en sus sentimientos profundos, en la mitad del viaje desde Punta Arenas y tras haber contemplado desde lejos, por fin, las montañas, Florence escribe:

Permanecí parada sola por un largo rato dejándome llevar por la emoción que esta escena despertaba en mí luego de que la oscuridad más completa reinaba sobre el lugar y tratando de analizar inútilmente el sentimiento que produce siempre en mí la majestuosa soledad del paisaje patagónico. Es un sentimiento que solo puedo comparar –porque sería imposible para mí individualizar una característica definida de las muchas vagas sensaciones que la componen– con la que me hace evocar una de las grandiosas, severas y aún así, misteriosamente suaves sonatas de Beethoven (Dixie, 1996, p. 147).

Ya avanzada la travesía, y haciéndose patente el cansancio general, refiere cómo es la vida de la nobleza en sus días de cacería frente a esta vida en la pampa como cazadores. En este punto, esta autora da cuenta de un lugar común entre ella y sus lectores, lo que evidentemente en contexto comparativo (lo que ocurre en uno y otro lugar) demuestra una experiencia de vida compartida por una clase a la que ella pertenece. Dixie asegura que “vivir sin comodidades puede parecer muy bien en teoría, pero en la práctica no es tan fácil”, y continúa:

“en Inglaterra a tu regreso en un día de caza, vuelves sin duda cansado y fatigado, pero a una acogedora cabaña de caza, donde te espera un cuarto abrigado, un fuego ardiente y un cómodo sillón, con suficientes criados para atender tus deseos [...]. Pero esto no sucede en la pampa y antes de descansar debes hacer las tareas que ya mencioné, todos sin importar quién sea” (Dixie, 1996, p. 175).

Las autoras, de esta manera, utilizan el recurso al paralelismo con Europa o con el bagaje cultural europeo, para explicitar lo que están experimentando en estas tierras extrañas y lejanas. En ambos casos, ellas se muestran, en su narrativa, como sujetos pertenecientes a un espacio sociocultural particular, a sabiendas que se dirigen a un público restringido a su clase.

3. EL DISTANCIAMIENTO DE LO MODERNO

En la apertura del texto de Florence aparecen ya enunciadas las características presentes en las narrativas de viaje a los espacios de confin, la cita a otros viajeros que han estado allí antes, movilizando sus representaciones, sus imaginarios hacia los lectores de mundo europeo:

“¡Patagonia! ¿Quién pensaría jamás ir a un lugar así?”. “Serás devorada por los canibales!”. “¿Por qué razón escoge un lugar tan apartado del mundo para ir?”. “¿Cuál puede ser el atractivo?”. “Está a miles de millas de distancia y nadie ha estado allí antes, excepto el capitán Musters y uno o dos aventureros locos!”.

Oí, estas y otras preguntas y exclamaciones de los labios de mis amigos y conocidos cuando les conté mi intención de viajar a la Patagonia, la Tierra de los Gigantes. La tierra de la mística ciudad de oro de Manoa. ¿Cuál era la atracción de ir a un lugar tan apartado y a tantas millas de distancia? La respuesta estaba implícita en sus propias palabras. Lo escogí precisamente porque era un lugar exótico y lejano. Hastiada momentáneamente con la civilización y su entorno, quería escapar a algún lugar donde pudiera estar lo más alejada de ella como fuera posible” (Dixie, 1996, pp. 17-18).

Tierra de Gigantes, tierra de la mística ciudad de oro, pero ¿cuál es la atracción que subyace a estas insinuantes representaciones para ir a un lugar así? Lo había escogido dice Florence, por ser un lugar exótico y lejano. La valoración desde lo exótico y la lejanía en la que se inscribe este territorio, es ya indicar el lugar de enunciación desde el que se va representar la alteridad, la narradora se va fuera de la civilización, alejándose de la vida moderna de la que está hastiada y, al parecer, en donde ya no puede experimentar la soledad.

Estas dos categorías de lo exótico y el alejamiento de la civilización, son tropos recurrentes a la mirada imperial, y transversales a las narrativas de viaje a los espacios situados en los márgenes de los imperios. De esta forma, el viaje se constituye a partir de un doble desplazamiento espacial y temporal, movilizándose corporal y mentalmente a lugares premodernos en el que puedan o les está permitido tener otras experiencias no civilizadas. La narradora busca escaparse hacia un *otro lugar* en el que pueda proyectar su deseo, la fantasía que ha surgido de su lectura de la caza en Patagonia. Es la travesía hacia un contraespacio, siguiendo la terminología foucaultiana, la búsqueda de un lugar heterotópico, es decir, un lugar (*topos*) contrapuesto, diferente (*hetero*) al *locus moderno*, lugares que son reales, que se han diseñado en la “institución misma de la sociedad, que son especies de contraemplazamientos, un tipo de utopías efectivamente

realizadas, en las que todos los demás lugares reales [...] que se pueden encontrar en el interior de la cultura están a la vez representados, cuestionados e invertidos”; continúa Foucault: “especie de lugares, que están fuera de todos los lugares no obstante son efectivamente localizables. Estos lugares, porque son absolutamente otros que todos los emplazamientos que reflejan y de los que hablan, los llamaré, por oposición a las utopías, las heterotopías” (Foucault, 2004, p. 15; trad. O.S.C).

Este nuevo espacio de destino es registrable en el mapa; tiene una localización, es real, Patagonia. Al que se llega siguiendo un itinerario concreto, una gran navegación entre los océanos, pero que en su dimensión espacio/temporal es alterno –principio heterocrónico– a la temporalidad de la experiencia de habitar el mundo moderno, y al mismo tiempo, es representado como un *locus utópico*, que le va a permitir satisfacer el deseo de una jornada de casa exótica y libre, al igual como aparece imaginariamente en los grabados de la narrativa de Musters, que ella ha leído⁹.

Este anhelo de distanciamiento del *locus moderno*, está presente también en Iris. La sensación es la misma de Florence, es decir, poder desplegar en este espacio utópico, la sensibilidad controlada y excluida de la vida moderna, ausentarse mental y corporalmente de los signos de la modernidad. Al desembarcar en el muellecito de madera de Llifen Iris comenta:

“El vapor que viene una vez a la semana deja seis días de incomunicación con el mundo: seis días en que la vida puede seguir el rumbo de nuestra fantasía: ¡seis días para vivir a nuestro antojo! Cuánto supone para nuestra dicha una semana sin cartas, sin alarmas, sin angustias, una semana vivida sin que ninguna realidad entorpezca el vuelo de nuestros ideales, sin que ninguna mala noticia corte el apacible curso de nuestra vida interior”. Y añade: “Reconozco que nunca me había encontrado en un rincón más solitario, más confin del mundo, a mil leguas de los aspectos familiares, no ya solo a mis ojos sino también, a mi pensamiento” (Iris, 1910, pp. 21, 23).

Sus desplazamientos hacia estos “otros espacios” que han permanecido bajo la línea de tiempo de la matriz moderna, paralelos sin evolución, remarcen esta mirada antediluviana del espacio original “la impresión primera podría condensarse en un sentimiento de un mundo joven, de naturaleza virgen que aguarda una raza” (Iris, 1910, p. 9) que ha permanecido suspendido en el tiempo a la espera, el retorno de aquellos *otros, otras* llamados a transitarlos, habitarlos. Situando a los indígenas en la naturaleza, sin humanidad como testigos en esta progresión natural, refiriéndose así en distintos pasajes de su relato:

En aquel divino rincón, que parece surgido la víspera del caos, conservando toda la frescura de una aurora cósmica, de un mundo que no ha recibido la *flétrissure*

⁹ Se refiere al libro del capitán George Musters: *At home with the Patagonians: A year's wanderings over untrodden ground from the Straits of Magellan to the Rio Negro...* publicado en 1871, por el influyente editor de viajes, el británico John Murray.

del hombre, sobre aquella visión de encantamiento, un pequeño vapor pintado de blanco, con sus cámaras transparentes de cristales nos aguarda para surcarlo. La misma navecita, en la quietud edénica del lago azul, parece un anacronismo (Iris, 1910, pp. 10-11).

Nos marchamos de esta última morada que la invasión civilizada deja a los indios sin haber visto más que a dos pobres mujeres en la primera etapa humana (Iris, 1910, p. 64).

Luego de este desplazamiento que se vivencia como un alejamiento del mundo civilizado, un retorno al espacio primigenio, en el que los indígenas son testigos de las primeras etapas de la evolución humana, las viajeras experimentan un adentramiento a *otra* dimensión ajena, que les provoca sentimiento de extrañeza. Así Florence, durante el desembarco del espacio móvil del barco, un espacio convertido y reconocible, casi uterino, en el que habita de manera placentera realizando sus actividades de costumbre y manteniendo su indumentaria y modales de su clase, se ve irrumpida con la llegada a este lugar inhóspito, que le provoca ese sentimiento de desconcierto ante lo ignoto “y ahora que se rompía el último eslabón que me unía a la vieja Inglaterra, por primera vez comencé a darme cuenta realmente de que nos encontrábamos a diez mil millas de nuestro hogar y de nuestros amigos, solos en medio de rostros desconocidos y paisajes deshabitados” (Dixie, 1996, p. 46).

Para compensar esta sensación de extrañeza, que inunda el espacio, Florence traslada costumbres cotidianas de la vida moderna, a los que acostumbra en sus días descanso, porque recordemos, su visión y construcción de aquella realidad paisajística, es una mirada alejada del mundo de trabajo, es de ocio y caza en Patagonia. Ella traslada *el picnic* a este espacio alterno de Patagonia, para recibir a unos especiales invitados en el campamento, el príncipe Enrique de Prusia y su comandante y escribe “los recién llegados evidentemente encantados con nuestro acogedor y silvestre refugio y por lo novedoso del picnic que difícilmente podrían haber imaginado hacer en Patagonia de entre todos los lugares del mundo” (Dixie, 1996, p. 57). Poco a poco, estos *otros* espacios se van tornando en familiares, en espacios reconocibles, *civilizados* y que, a la partida, abriéndose camino por el espeso bosque de hayas (lengas), termina apareciendo la nostalgia:

Finalmente todo estuvo listo, montamos y con una última mirada al bosque de hayas que había sido nuestro campamento el cual se había vuelto bastante familiar y hogareño para nosotros partimos, ahora definitivamente en camino, con rumbo a la tierra desconocida que yacía delante nuestro (Dixie, 1996, p. 65).

La naturaleza de Patagonia, continuamente desborda hacia lo extraño, lo no familiar, que mediante la comparación por similitud retorna a lo familiar, bajo esta hermenéutica de transformar lo extraño en conocido. De esta manera, bajo una estética propia del Romanticismo, las Torres del Paine, aparecen –luego de la penumbra a la luz del sol– como la aguja de Cleopatra: “tres altos picos de tinte rojizo y de la misma

forma que la aguja de Cleopatra, constituían un aspecto sobresaliente del paisaje (Dixie, 1996, p. 167). Siguiendo al filósofo iluminista Edmund Burke, el relato de *lo sublime* es provocado por la vastedad, la grandeza,¹⁰ en este caso de los Andes Patagónicos:

Nos apuramos ansiosos de alcanzar la entrada al cañadón y avistar lo antes posible la tierra prometida, pero transcurrieron bastantes horas hasta que finalmente llegamos al punto más lejano y salimos de la penumbra a la luz del sol. Delante nuestro se extendía una pintoresca llanura cubierta de suave pasto y salpicada por aquí y por allá de grupos de hayas atravesadas en todas las direcciones por murmurantes arroyos. El fondo estaba conformado por cerros boscosos, detrás de los cuales se encumbraba nuevamente la cordillera. Tres altos picos de tinte rojizo y de la misma forma que la aguja de Cleopatra, constituían un aspecto sobresaliente del paisaje (Dixie, 1996, p. 167).

En el caso de Iris, la naturaleza se transforma en ominosa, apareciendo la categoría de lo sublime desde la oscuridad, desde el miedo a la espesura del bosque, sintiéndose sola a pesar de la comitiva, aislada, perdida. Esta sensación se intensifica por medio del silencio tornándose pavorosa: “ningún pájaro canta, ningún insecto zumba, ni la hierba cruje bajo los pies de los caballos. Hay una paralización secular, un silencio mágico”, y continúa “nuestras voces mismas toman siniestras repercusiones en las lejanías negras y los rincones helados donde no penetra el sol. Cuando se quiebra el terreno crecen las columnatas de los orgullosos troncos que se lanzan arriba en tan soberbia línea” (Iris, 1910, p. 100), y compara esta vivencia sensitiva de horror, con su experiencia de transitar por las catacumbas de Roma:

Me dicen que avance y avanzo temblando de destrozarme la cabeza. Millones de gigantes están ahí con sus brazos extendidos para devorarme [...] experimento una sensación de pavor que solo había sentido en las catacumbas de Roma, en una ocasión que sola con un Frate y a merced de su vacilante cerilla, vi entrecruzarse las galerías negras inexploradas de una excavación reciente que abría sus múltiples bocas como fauces de monstruos (Iris, 1910, p. 120-121).

4. EXTRAÑA A MÍ MISMA. AMBIVALENCIA DEL YO IMPERIAL COLONIAL

Pero esta categoría del extrañamiento no solo se da desde el exterior, desde la naturaleza sino desde lo propio, en este caso, en el cuerpo. Julia Kristeva aborda el concepto de lo *heimlich/unheimlich* tomado del ensayo de Freud respecto de “lo ominoso”, en el que refiere a un concepto que vincula semánticamente lo familiar con su opuesto, lo no familiar, que asoma sorpresivamente en nuestra vida provocándonos esa *inquietante extrañeza*.

Es decir, la presencia de lo extranjero, lo no familiar, como fuente de lo ominoso, es esa experiencia de alteridad en la que reconocemos nuestro propio extranjerismo. Así

¹⁰ Edmund Burke. *Indagación sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* [1757], Trad. Menene Gras Balaguer. Madrid: Tecnos, 1997.

indica Kristeva que “extraña también esa experiencia del abismo entre *yo* y el *otro* que me choca, no la percibo siquiera, me aniquila tal vez porque la niego. Frente al extranjero que rechazo y con el que me identifico a la vez, pierdo mis límites, ya no tengo continente” (Kristeva, 1991, p. 363). Es esta ambivalencia entre el *yo* y el *otro* la fuente de esa *inquietante extrañeza*, incertidumbre respecto de lo que somos, revelando esa tensión permanente entre lo mío y lo ajeno en la constitución de la subjetividad. Asimilación y diferencia concerniente a lo *otro*, lo que por un lado identifica y por el otro se teme. La fragilidad en la constitución del *yo* se delata, las categorías de género, nacionalidad, estatus, se vuelven difusas, porosas.

De esta forma, al finalizar el viaje y ya a la espera del barco que los llevará de retorno a la civilización, Florence y su comitiva pasan la última noche en la casa de huéspedes, la posada en la Colonia de Punta Arenas. Ahora desplazada hacia este *espacio interior*, ella no se reconoce a sí misma, el espejo proyecta un *no/yo*: “nos hizo darnos cuenta de nuestro aspecto personal y el envidiable ‘regalito’ (el espejo) fue nuestro al vernos como los demás nos veían” (Dixie 1996, p.244). Su presencia, desencajada con los signos de la civilización, la limpieza, el orden y los hábitos domésticos, es ahora extraña, porque ese “otro paisaje”, la pampa de la Patagonia, los había convertido en los “otros”; durante la travesía de su viaje se habían metamorfoseado sin tener conciencia de ello, resultaban ser extraños y repulsivos a sí mismos, el color de la piel, su blancura se había oscurecido dramáticamente:

Nuestra apariencia y vestimenta con nuestra vida pasada en la Pampa, pero rodeada de limpieza y civilización quedaban decididamente fuera de lugar. Habíamos realizado nuestras abluciones como de costumbre y tan cabalmente como la circunstancias lo permitían, pero no habían permitido mucho. Los hombres del grupo sobre todo eran desagradables de mirar. El pelo les había crecido y estaban como duendes, las caras se habían bronceado de un oscuro rojizo que la tierra y el humo de tantas fogatas habían profundizado en un notorio negro, los mentones sin afeitar estaban desfigurados por el profuso crecimiento de una áspera barba cerdosa. Nuestras ropas no aguantaban una inspección profunda, la sangre de muchos guanacos, la grasa de muchas cenas de avestruz, las espinas de muchos calafates habían dejado sus marcas, y en conjunto era difícil de imaginar un lote más rufanesco y desgravado que el que parecíamos. Pero el agua caliente, jabón y afeitadoras y un cambio de indumentarias, hicieron maravillas y luego de un trabajo arduo de varias horas, cuando nos reencontramos nos fuimos casi capaces de reconocernos (Dixie, 1996, p. 245).

La transformación en Florence solo se da de manera transitoria –a nivel de apariencia física–, a diferencia del “excéntrico inglés, llamado Greenwood”¹¹ que se ha

¹¹ Acerca de la vida de este colono inglés en Patagonia ver sus memorias publicadas bajo el título: *Patagonia Bravía. Naturaleza, vidas y aventuras Memorias Originales del baqueano William H. Gladys G. Grace Paz y Duncan S. Campbell* (editores). Santiago, 2015.

convertido en salvaje, resultado de su condición de colono en su larga permanencia en la Pampa, y que según le rumorea uno de sus acompañantes “parecía llevar una vida de ermitaño. Había renunciado al mundo y sus cosas vanas incluso hasta el punto de despreciar las precarias comodidades de los otros habitantes de la pampa”. Vestido de forma “primitiva” vagaba por las “laderas de la cordillera y en vez de hacer el viaje a la Colonia para comprar provisiones, pasa el año completo alimentándose simplemente solo de carne de guanaco y avestruz” (Dixie, 1996, p. 135).

La autora manifiesta su curiosidad de conocer al colono inglés, distinta a la que tiene respecto de los “indios”. Mediante la distinción entre lo *pasivo/activo* se construye el orden de lo masculino indígena y lo no indígena, de esta forma los habitantes de Patagonia son representados pasivamente, bajo el tropo de la *disponibilité*, situándolos en una escala inferior del desarrollo humano –diacrónica–, acentuando la similitud de sus cuerpos con la morfología animal y que, inversamente, “estos [los animales]” aparecen personificados, dotados “de mirada”. Así, los guanacos tienen “los ojos grandes y hermosos y tienen una extraña mirada”, su piel es de “textura lanuda” (Dixie 1996, p.102), mientras que los indígenas carecen de piel, se presentan a su examen desde su “oscura cara sucia, cuyo principal rasgo era un par de penetrantes ojos negros” (Dixie 1996, p.73).

De esta manera, los *otros* son accesibles a su mirada, no así el inglés, por el que se siente atraída, no pudiendo, sin embargo, satisfacer su curiosidad, ya que, a pesar de haber dejado los indicios de las fogatas para su ubicación –práctica indígena que es tomada por ellos– la autonomía de Greenwood –posición masculina activa– le permite decidir si conocerlos a ellos o no:

Estaba interesada en este especie de salvaje hombre de los bosques y mantenía atenta la mirada mientras viajábamos por esa región con la esperanza de verlo. Pero si alguna vez estuvo cerca nuestro y por lo tanto de las fogatas que ubicaban nuestra ubicación, nunca tuve la oportunidad de conocerlo, puesto que él no dejó de lado sus costumbres a favor nuestro (Dixie, 1996, p. 135).

Esto confirma el marco interpretativo del determinismo geográfico, desde donde se configura esta realidad, la influencia de la naturaleza patagónica en las características, no solo en los animales e indígenas situados en un mismo nivel, sino que también produce alteraciones en los hombres y mujeres como ellos, que lo han padecido de manera transitoria, porque solo están de paso, no así en particular el colono inglés que se ha convertido en un salvaje, autónomo –y casi erótico– personaje del bosque.

Iris, por su parte, reflexiona, de esos *otros* que habitan *en ella*, que no logra dominar, y dice: “los que sentimos en la sangre algunos salvajismos que en determinado momento se apoderan de nosotros y nos sorprenden –salvajismos que anulan nuestros refinamientos naturales–” (Iris, 1910, p. 44). Aparece, así, lo ominoso de sí misma, esa sospecha de “araucanismo” atávico, esa *inquietante extrañeza*, que anularía sus modales de clase, pero al mismo tiempo sería la fuente de las energías de voluntad, en su propio ser.

5. CURIOSIDAD POR LOS INDIOS. MIRADA HACIA EL OTRO

El tema que refiere a la relación de las autoras con los indígenas es un punto de referencia esencial a la hora de comparar ambas narrativas. Tanto en Florence como en Iris está contenida la idea de lo moderno y su contigüidad semántica con lo civilizado, el progreso y la ubicación temporal en la que son situados los indígenas –en los primeros estadios del hombre–, pero se diferencian en la forma que adoptan este distanciamiento, ya sea de indiferencia o rechazo.

En el caso de Florence, hay constatación de una realidad exótica que ella describe desde la superioridad del Imperio Británico, acorde con el imaginario de lo “salvaje” y que no es constitutivo de su identidad, es parte de una subjetividad alterna y fronteriza, que se impregna en ella de manera transitoria. En el caso de Iris, esta forma de distanciamiento se da por medio del rechazo a esa ligadura atávica, la que siente con la raza indígena, que ve como un obstáculo a su propia utopía civilizatoria, en concordancia con el proyecto de homogeneidad nacional.

La visión del *civilizado* sobre el *salvaje*, es decir, la visión de quien tiene la capacidad de enunciar (escrituralmente) respecto de otro que no habla, es la visión del Imperio del mundo conquistado o potencialmente conquistable. En ambos casos, aunque subsisten estas diferencias, vemos funcionar la *Retórica de la Modernidad* descrita por Walter D. Mignolo, que refiere a la lógica de “sin colonialidad no hay –no puede haber– modernidad” (Mignolo, 2009, p. 43). Mignolo indica que la idea/concepto *Modernidad* primero, en contexto de expansión imperial, fue –y aún es– sinónimo de *salvación*, luego de *novedad*, posteriormente se emparentó con el *progreso* (y hoy va de la mano –también– del *desarrollo*). Todo este aparato lingüístico acumulativo que contiene la modernidad, sin duda, expresa la artificialidad de la acción humana desde un punto geográfico y de enunciación específico, una técnica/tecnología y un aparato institucional/ideológico complejo que es posible ubicar en Europa (central y nórdica ya en el siglo XIX) y que, según las doctrinas imperiales europeas, serían clara muestra de superioridad (racial)¹².

Ambas autoras explicitan su deseo y curiosidad de “ver a los indios”; refieren ciertas informaciones que les han indicado, que han sabido de otros que ya han estado ahí, o simplemente informaciones que circulan *desde siempre*. En ambos casos se indica la holgazanería y la fama de ladrones de los indios, siendo lugares comunes como puerta de entrada al encuentro con estos otros que *no forman parte de la humanidad*, sino que son constitutivos de la naturaleza. El canibalismo, presente en las

¹² Enrique Dussel. “Europa, modernidad y eurocentrismo”. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Edgardo Lander (comp.). Buenos Aires: CLACSO-UNESCO, 2003: 24-33; Walter D. Mignolo. “La colonialidad: la cara oculta de la modernidad”. En *Catalog of museum exhibit: Modernologies*. Barcelona: Museo de Arte Moderno, 2009: 39-49.

referencias que tiene Florence Dixie, es otro lugar común de larga data (Bethencourt, 2015, p.100-119)¹³.

Cuando visualizan Tierra del Fuego, al inicio de la travesía, Florence hace un comentario de sus habitantes, a quienes ve solo desde lejos, lo que le impide opinar por su aspecto, e indica “aunque me hubiera gustado haberles dado una buena mirada” y luego agrega “se les supone canibales, y seguramente lo son. Incluso me han contado que en invierno cuando escasea la comida, matan a sus propios ancianos y ancianas, aunque por supuesto prefieren al hombre blanco, si lo pueden conseguir” (Dixie, 1996, p. 43).

Unas jornadas después, Dixie logra interactuar con indígenas, aunque estos son otros, diferentes a los fueguinos –los tehuelches–, de quienes refiere descripciones físicas, las que suelen ser positivas, aunque, en términos de costumbres, sigue repitiendo algunos prejuicios difundidos. Escribe Dixie:

Los tehuelches son una raza que se está extinguiendo [...]. Llevan una vida vagabunda y nómada [...]. Es una suerte para ellos que el gran número de guanacos y avestruces les proporcionen un fácil medio de subsistencia, puesto que son extremadamente holgazanes y aunque la caza sea abundante a su alrededor, pueden pasar a veces dos o tres días sin alimento antes de hacer el más leve esfuerzo (Dixie, 1996, p. 78).

Iris está profundamente atraída por conocer a los indígenas que habitan las islas y cercanías del lago Ranco, ya que de alguna manera, a diferencia de Dixie, se siente en parte ligada a estas poblaciones a razón de la conquista de los territorios que componen Chile por parte de sus antepasados españoles. Para ella son una muestra, aunque degenerada, de una raza histórica, superviviente como un extraño resquicio de antigüedad en el presente. Copiaremos en extenso una de sus referencias, porque estimamos que nos habla de manera muy elocuente de la mirada imperial de la autora:

Los que sentimos en la sangre algunos salvajismos que en determinado momento se apoderan de nosotros y nos sorprenden –salvajismos que anulan nuestros refinamientos naturales– llegamos a sospechar que por allá en el pasado algún atavismo rudo está poniendo en la complicación de nuestro ser un instinto que el tiempo y el esfuerzo no logran dominar por completo. Esta sospecha de araucanismo hace que mire con afecto y con ojeriza a la raza que si ha dejado un sedimento de fatalidad en el fondo de nuestro ser moral, también ha dejado energías en nuestra voluntad. Nunca se me había presentado la ocasión de conocer a los indios en su primitivo estado, de modo que cuando supe que en la isla del Huape todavía existían *indios de verdad* me encaminé gozosa. La legendaria raza araucana que luchó con los españoles i que en la familia indígena representa más

¹³ Termina su texto, Florence Dixie, diciendo: “Mientras escribo, esos días se vuelven vívidamente a mi mente otra vez y en mi fantasía contemplo otra vez esa distante y desértica tierra –la tierra de las llanuras solitarias donde guanacos, avestruces y los indios andan a la ventura lejos de conocimiento de la humanidad–” (Dixie, 1996, p. 251).

genuinamente el territorio no es la que habita en las islas del lago Ranco. Aquí hay una raza diversa de indios *Huilliches* (chicos y corredores) que no presentan ese carácter guerrero y altivo de los viejos campeones históricos (Iris, 1910, p. 44-45).

Florence Dixie morigeró sus juicios respecto de los indios, a medida que tiene encuentros con ellos, e intenta dar una visión estéticamente objetiva de lo que ve. No ocurre lo mismo con Iris, que difícilmente encuentra cualidades en los huilliches, a medida que los examina. En ambos casos, la interacción con indígenas ocurre en lapsos cortos de tiempo, son simplemente horas, encuentros breves, y siempre en un contexto de grupo. Y en ambos casos, tanto la apariencia física, ciertos rasgos culturales así como la lengua hablada por ellos son datos a analizar o mencionar.

Florence cuenta que en un momento de la travesía decidieron ir a un campamento tehuelche que habían divisado, con la finalidad de hacer trueque. El primer encuentro del grupo inglés es con un “indio” de muy “mal aspecto”, según la autora, a pesar de su cuerpo fornido (Dixie, 1996, p. 73). Luego hacen su entrada al campamento, y Florence escribe que “había alrededor de una docena de grandes tiendas de cuero, al frente de las cuales observaba nuestra llegada con indolente curiosidad una muchedumbre de hombres y mujeres” (Dixie, 1996, p. 74). A pesar de la *indolencia*¹⁴ de las miradas –palabra muy usual para definir la inexplicable indiferencia del salvaje ante el hombre civilizado–¹⁵ unos niños se les acercan curiosos para intentar tocarles las ropas¹⁶.

Finalmente es uno de esos jóvenes el que decide inspeccionar las ropas de los extraños, lo que permitió a Florence observarlo más de cerca. Indica la viajera: “no me impresionó tanto su altura como el desarrollo de su pecho y musculatura” (Dixie, 1996, p. 76), aún señalando que la altura de todos los hombres era tanta como la de su marido¹⁷. Luego describe lo que vio de la siguiente manera:

Los rasgos de los Tehuelche puros son extremadamente regulares, y en ningún caso desagradables a la vista. La nariz es generalmente aguileña, la boca bien formada y hermosea por la blancura de sus dientes, la expresión de los ojos es inteligente, y la forma de la cabeza proporciona un índice favorable a sus capacidades mentales. Estas observaciones no incluyen a aquellos Tehuelches en cuyas venas hay una mezcla de sangre araucana o fueguina. Las narices achatadas, ojos achinados, y las figuras desproporcionadas de estos últimos los hacen ser objetos repulsivos (Dixie, 1996, p. 77).

A pesar de su intento objetivo de descripción, usando el bagaje positivista de su época, la adjetivación extrema de sus declaraciones –indolencia de sus expresiones,

¹⁴ Indolencia: calidad de Indolente. Indolente: que no se afecta o conmueve; flojo o perezoso; insensible, que no siente el dolor. Ver www.rae.es

¹⁵ Ver Francisco Bethencourt. *Racismos. Das Cruzadas ao Século XX*. Lisboa: Temas e Debates-Círculo de Leitores, 2015, p. 340-355.

¹⁶ Iris escribe: “La india devuelve el vaso, y se coloca de pie en la puerta de la ruca en indolente actitud: ni nos observa ni nos habla” (Iris, 1910, p. 52).

¹⁷ Que indica media 6,2 pies (es decir 1,88 m) de altura.

indios como objetos repulsivos, etc.— indica una tendencia a jerarquizar a estos sujetos otros dentro de un estándar de belleza que implica, necesariamente, un estándar de inteligencia¹⁸.

Esto se ve más claramente en Iris. De hecho, tanto es el esquema racialista que contienen sus apreciaciones, que esta autora realiza una digresión de su mirada (científicamente) autorizada a la hora de analizar su encuentro con unas indígenas huilliches en la isla Huapi. El grupo que integra Iris se dirige a esta isla con la expresa intención de ver, como en una *exposición*, la vida natural de estos indios. Mientras navegan, “*Elfrida*”¹⁹ silba sus más estridentes pitos para poner en alarma a los indios y conseguir que se nos muestren, pero la isla permanece desierta a nuestros ojos. ‘*No asoma ningún cholito*’ dice desconsolado el mecánico” (Iris, 1910, p. 45).

Ya en tierra, se internan en la isla y dan con una ruca. Aparentemente vacía, golpean la entrada, nadie sale, pero los guías locales, al rato, abren la puerta, y dentro descubren dos mujeres acurrucadas junto a un fuego, madre e hija. La madre era mujer del cacique. Es por la visión que tiene Iris de estas particulares mujeres, lo que ellas le evocan, las impresiones que plasmará respecto de *esta raza*.

Ambas nos miran impasibles y no hacen ni un movimiento. [...] Tienen caras achatadas, frentes estrechas, color cobrizo y cabello muy negro, liso y compacto, peinado en raya con dos apretadas trenzas que caen en la espalda. La madre y la hija se asemejan mucho, no con esa semejanza que reside en los rasgos, sino con la identidad que produce la carencia de expresión y la falta de individualidad. Las dos mujeres se parecen como dos piedras, como dos plantas. Ese algo único e intraducible que hace que la persona de tipo más semejante al mío no sea yo, ni yo ella, faltaba en esas dos mujeres, que en edades diversas y con facciones distintas, eran iguales en sus angostas frentes vacías de pensamiento, en sus ojos desiertos, en sus bocas frías... Ningún músculo se contraía en aquellos rostros, ninguna sonrisa asomaba a sus labios y ninguna centella chispeaba en el fondo de sus ojos muertos de raza impotente (Iris, 1910, p. 49-50).

Durante varias páginas la autora se extiende en su imposibilidad de comunicación con estas mujeres, a pesar del sexo compartido. Descarta la incapacidad de ella misma de conocer el idioma de ellas o sus costumbres, y traslada el origen de la incomunicación a la carencia, de parte de las indígenas, de los rasgos humanos fundamentales. Frente a su propia sensibilidad y capacidad analítica, Iris ve sus intenciones estrellarse frente a estas mujeres *sometidas* a las fuerzas naturales, que habitaban en un estado de inercia salvaje. La viajera recrea todo un cuadro y una evaluación moral a base de un encuentro de minutos con estas mujeres, tomando elementos del evolucionismo social unidos a la idea de reencarnación de la tradición

¹⁸ Cornel West (2002). “A genealogy of modern racism”. En Philomena Essed y David Theo Goldberg (eds.). *Race Critical Theories. Text and Context*. Massachusetts: Blackwell, 90-112.

¹⁹ La embarcación en la que navegan por el lago Ranco.

oriental, sumado a elementos del liberalismo tradicional (libertad, individualidad), para conjeturar posibles respuestas –y soluciones– al problema de incomunicación.

Si Florence Dixie realiza un análisis de los indígenas tipo anatómico, principalmente, y de prácticas cotidianas, e intenta tener un grado de objetividad de lo observado, morigerando inconscientemente su mirada imperial con lo visto, entendiendo que Patagonia es un espacio distinto donde hasta su propia cotidianidad se modifica, Iris no cede ante otra posible interpretación frente a la incomunicación con este otro, pues está completamente convencida de su superioridad espiritual –y con ello moral y cultural–. Y aunque en un momento describe ciertas prácticas religiosas, que le han contado acerca de estos indígenas, lo que la hace permitirse indicar algún elemento positivo en los huilliches, insiste en que le es difícil concebir un alma elevada habitando esos cuerpos inmutables:

Todo eso no habría alterado la idea de *raza* que me ha dado la india esposa del cacique con su túnica negra y su silencio de esfinge. Mientras ella miraba con sus ojos sin alma el lago sonreía en su divina belleza [...]. Todo vivía, palpitaba, se estremecía y amaba en torno de su impasibilidad indígena. Y todo ese desbordamiento de la vida feliz encontraba como una valla en la mirada vacía de sus ojos de animal resignado, de fiera en reposo (Iris, 1910, p. 63).

Es preciso hacer una última acotación respecto de este punto, y que tiene que ver con este ejercicio comparativo. Como más arriba dijimos, hay un espacio de divergencia entre las miradas imperiales de estas dos autoras, pese a que ninguna sale de su etnocentrismo. En este sentido, mientras Iris no da tregua a su caracterización del indígena huilliche como un sujeto vacío e impasible, Florence indica, del grupo indígena que le tocó conocer, lo siguiente: “La característica más notable del Tehuelche es su placentero buen humor pues es todo sonrisas y parloteo, mientras que casi todas las razas aborígenes se inclinan al silencio y a la tétrica gravedad” (Dixie, 1996, p. 79). Sin embargo, igualmente Florence concuerda con Iris en un punto, que es la natural forma expresiva de *todos los indios*, conocida comúnmente, que se aparece como *impenetrable* a la vista del civilizado.

El último aspecto a analizar, según la visión de estas viajeras respecto de los nativos de los lugares recorridos, es la lengua. Este elemento es un aspecto esencial en los diversos relatos de viajeros imperiales. La lengua es un rasgo esencial de marca racial/nacional, un rasgo que ha indicado (históricamente) la pertenencia a uno u otro grupo: a los conquistadores o a los conquistados. El imperio habla una lengua, tanto en términos concretos –un idioma– como en términos ideológicos –los discursos etnocéntricos que lo sostienen–²⁰.

²⁰ Brendan Harrison Lanctot. “Tomar Lengua: La representación del habla de los indios en el primer viaje de Colón”. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, Nº 31, 2005; Montserrat N. Arre Marfull. “Estrategias argumentativas en la construcción del discurso hispano colonial. Ejemplos de ‘auditores no habilitados’ a partir de la idea de la no-lengua”. Informe final para *Seminario Argumentación y Proyección de mundo*. Universidad Austral de Chile [inédito], 2015.

Tanto Florence Dixie como Iris mencionan los sonidos disruptivos que producen los nativos cuando hablan con quienes conocen sus lenguas, y que en ambos casos son los guías locales. Ellas se establecen simplemente como espectadoras de un diálogo que no comprenden, pero evalúan la lengua en términos estéticos, comparándolas subrepticamente con sus propias lenguas. Florence Dixie menciona los “gruñidos guturales” del habla indígena (Dixie, 1996, p. 73), mientras Iris la refiere como “aquella lengua araucana tan desapacible a pesar de sus terminaciones llenas y blandas” (Iris, 1910, p. 80).

En ningún caso ellas se establecen como interlocutoras directas con estos otros, y su función se inscribe en una posición (aventajada) de observación y reflexión de esta acción dialógica, en donde ellas son quienes están autorizadas a definir y delinear la escena para hacerla inteligible a sus lectores.

5. LA DOMINACIÓN SIMBÓLICA DEL MUNDO NATURAL

Dentro de las narrativas de viaje referidas a los espacios ubicados en los márgenes del Imperio, definidas como de descubrimiento y exploración, encontramos en su escritura el uso de dispositivos retóricos en los que es visible la dominación de la naturaleza a nivel simbólico, la llamada *gesta fundacional*, que se construye en el relato por medio de imágenes de posesión, que tienen lugar a la hora de desembarco, pisando tierra firme: la inmersión en el “nuevo” territorio de la espada, la cruz y la bandera, con el consiguiente acto de nominación de lo visible. De esta manera, la apropiación de lo hasta entonces no conocido se despliega bajo la autoría de este “yo imperial” que ha proyectado su deseo de posesión en este espacio alterno. Para este tipo de registro, y analizando la retórica victoriana que “debe convertir en enormemente significativo algo que es, sobre todo desde un punto de vista narrativo, prácticamente un no-hecho” (Pratt, 2010, p. 365).

En el caso de estas narraciones escritas por mujeres, ellas comparten esta visión de develación de esta nueva naturaleza, bajo una mirada imperial e igualmente masculina de dominar y conquistar esta “tierra virgen”, no “pisada por el hombre” que producen a la vista intensas sensaciones: “la impresión se intensificaba al saber que desde estas gigantescas soledades habían sido moldeadas por la naturaleza, ningún ojo humano las había contemplado, ni tampoco se habían hecho escuchar los ecos que despertándose ahora por vez primera repetían en un sonoro coro los gritos irreverentes de Yegua, Yegua con los cuales nuestros guías arreaban los caballos” (Dixie, 1996, p. 166).

Es, la mirada, el acto de posesión, tanto del espacio como de los animales. Siguiendo a John M. Mackenzie, refiriéndose al control del espacio natural mediante los “deportes campestres” incitados por las guías de viaje británicas a la India, señala que “en una paradoja intrigante, los bosques y cotos de caza eran tierras vírgenes fuera de los límites de la civilización, pero por ello atractivas y fascinantes”. En concreto, las reservas forestales y la caza como práctica cultural “servían para tender la red imperial sobre ellas”, y en este sentido, “el manual era algo más que una guía de viaje”, pues “era

la incesante textualización del dominio y el control, expresados a través de los lugares, incidentes y formas tanto pasadas como presentes, mediante las cuales se manifestaba descollantemente ese poder imperial” (Mackenzie, 2005, p. 226).

En el caso de Florence, la dominación se inicia sensorialmente con el sonido y luego con la mirada sobre un animal nunca antes visto, “el ciervo dorado de Patagonia” que es personificado otorgándole una actitud frente a ella, cierta mirada “de inquisitiva curiosidad” pero que, igualmente está a disposición de su deseo de apropiación, en este caso, para su deleite decorativo, seguramente en la práctica de exhibición habitual de decorar con su cabeza embalsamada los salones de su morada:

“De inmediato me atrajo un sonido crujiente como de palos quebrándose cerca de mí. Mirando en la dirección de donde venía el sonido, vi una especie de ciervo de color dorado oscuro mirándome con gran asombro. Era un espléndido macho, con hermosas astas ramificadas y grandes y oscuros ojos lánguidos. Cerca detrás de él, se asomaban con cuidado dos hembras y un poco más lejos pude divisar varios otros animales de la misma clase. ¡Cómo anhelaba tener un rifle!”. “No perdí tiempo en informarles del descubrimiento que había hecho y tomando mi revólver procedí alcanzar de nuevo lo más silenciosa y clandestinamente... Sí, ahí estaba, un hermoso animal, aún en la misma actitud de inquisitiva curiosidad en que lo había dejado. Ansiosa de evitar dañar la cabeza, apunté detrás del lomo y disparé” (Dixie, 1996, p. 184).

Sin afán transformador, se pretende tomar lo que se ve, el más bello animal, para el goce propio de una aspiración futura. Por su parte, Iris, para quien la caza podría resultar perversa en su mirada protoecologista, se *apropia* y nos da cuenta de una nueva especie arbórea, que gracias a su inutilidad como materia prima de explotación no ha sido “ultrajada”, contrario a lo acontecido con los robles, que han sucumbido bajo la avaricia y la falta de sentido estético de los actuales habitantes del país. Los tiques, gracias a su inutilidad como recurso de explotación, han permanecido intactos:

Aparece otro árbol que no conocía –el tique– tan alto como el roble, tan fino y delicado de follaje como el laurel, pero de madera inútil. Gracias a su inutilidad permanece sin ultrajes, mientras sus hermanos, los robles, ¡están heridos de muerte...! Qué previsor es la naturaleza para colocar estas nobles bellezas sin objetos en países donde no hay ojos de artistas que las defiendan, y así tantas avideces pecuniarias que las destruyan! Los tiques se salvan por inútiles y yo bendigo esa santa inutilidad que los conserva para embelesar los ojos... (Iris, 1910, p. 6).

La tensión entre aquellos que aprecian la belleza, en desmedro de lo utilitario, la tensión entre lo práctico y lo bello, le permite a Iris ubicarse en un lugar superior, distanciándose de la raza chilena, caracterizada moralmente por la preferencia de lo útil, por sobre lo estético. Contemplando el atardecer sobre el lago Ranco en silencio, su recogimiento se ve interrumpido por el llamado a una taza de café. “¡Qué deseos de tomar la taza de café! Esa lucha tan estéril entre la taza de café y la puesta de sol me

parece resumir mi vida entera de defensa al ideal ante las imposiciones prácticas” (Iris, 1910, p. 25). Así también comenta respecto del albergue de Llifén construido dando la espalda del lago: “los antiguos dueños, siguiendo la tradición utilitaria y antiestética de nuestra raza, perdieron la incomparable vista del lago por buscar proximidad al arroyuelo. Todo carácter chileno se esculpe en ese rasgo que antepone una ínfima ventaja material a cualquier espectáculo de belleza” (Iris, 1910, p. 30).

A partir de esta naturaleza –de disponibilidad absoluta– la narradora proyecta la dominación venidera. Es “una tierra que aguarda” una colonización futura, por unos otros superiores espiritual y sensitivamente como ella, que imbuida por la ideología racialista de la teosofía, comprueba en este lugar de confin, los postulados de esta teoría con respecto a los estados evolutivos de la humanidad²¹. Bajo este imaginario será posible la emergencia de una raza superior “los futuros pobladores de este paraíso” y estando allí, en ese recóndito y sublime espacio del sur, en un acto de reconocimiento y de posesión transitoria, se arrodilla en este nuevo suelo, porque ya ha manifestado anteriormente “que la belleza le dobla siempre las rodillas” (Iris, 1910, p. 9):

No serán los caducos retoños de la colonia con sus apolillados blasones ni los advenedizos enriquecidos de ayer los futuros pobladores de este paraíso, serán nuestros descendientes regenerados en la lucha tiránica de la vida los que vengán a recoger esta herencia de belleza. Ellos levantarán aquí sus palacios, crearán su arte, forjarán su personalidad y yo habré sido la exploradora de un rincón bello de este planeta, llegando demasiado temprano a una tierra demasiado joven. Al venir me arrodillé en un arranque de espontánea admiración y ahora me marcho llevando la seguridad de que aguardan a este país tiempos grandes, tiempos en que la raza sacudirá la fatalidad indígena que la agobia, en que desarrollará las inmensas facultades del yo fuera de trabas de un fanatismo rancio o de un racionalismo limitado y emprenderá el vuelo a las regiones del ideal (Iris, 1910, p. 87-88).

OBRAS CITADAS

- Amaro Castro, Lorena (2013a). “Encuadres de la memoria: Cartografías y genealogías en los textos de Martina Barros e Inés Echeverría”. *Anales de Literatura Chilena*, Año 14, Nº 19, 137-157.
- Amaro Castro, Lorena (2013b). “Una experiencia centripeta: construcción de la autoría, modernidad y espiritualismo en *Hacia el Oriente*, de Inés Echeverría Bello”. *Taller de Letras*, Nº 53:151-161.
- Arre Marfull, Montserrat N. (2017). “De Sangre y de Raza: Imaginarios nacionales y biográficos en una escritora de la élite. Chile en la transición siglos XIX-XX”. En Raquel Crespo-Vila y Sheila Pastor (eds.), *Dimensiones: el espacio y sus significados en la Literatura Hispánica*. Madrid: Biblioteca Nueva, 33-44.

²¹ Ver Echeverría Bello, *Memorias*.

- (2015). “Estrategias argumentativas en la construcción del discurso hispano colonial. Ejemplos de ‘auditorios no habilitados’ a partir de la idea de la no-lengua”. Informe final para *Seminario Argumentación y Proyección de mundo*. Universidad Austral de Chile [inédito]. Disponible en:
http://www.cristobalholzzapfel.cl/alumnos/2015-7_uach_arg_montserrat-arre.pdf
- Bethencourt, Francisco (2015). *Racismos. Das Cruzadas ao Século XX*. Lisboa: Temas e Debates-Círculo de Leitores.
- Burke, Edmund (1997). *Indagación sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* [1757], Trad. Menene Gras Balaguer. Madrid: Tecnos.
- Dixie, Florence (1996). *A través de la Patagonia* [1880]. M. Teresa Velasco y Rosanna Martelli (trads.) y Mateo Martinic (ed.). Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
- Dixie, Florence (1880). *Across Patagonia*. London: Richard Bentley and Son.
- Dussel, Enrique (2003). “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Edgardo Lander (comp.). Buenos Aires: CLACSO-UNESCO, 24-33.
- Echeverría Bello, Inés (2005). *Memorias de Iris. 1899-1925*. Verónica Noguera Larraín (trad.). Santiago de Chile: Editorial Aguilar.
- Foucault, Michel (2004). *Des espaces autres*. Empan No 54, p. 12-19. Traducción.
- Grace Paz, Gladys G.y Campbell, Duncan S. (eds.) (2015): *Patagonia Bravia. Naturaleza, vidas y aventuras. Memorias Originales del baqueano William H. Greenwood*. Santiago de Chile.
- Harrison Lanctot, Brendan (2005). “Tomar Lengua: La representación del habla de los indios en el primer viaje de Colón”. *Especulo. Revista de Estudios Literarios*, Nº 31. Disponible en:
<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero31/colon.html>
- Iris (1946). “Prólogo”. En *Cuando mi Tierra fue Moza. Amanecer*. Tomo I. Santiago: Nascimento, 5-9.
- (1910). *Tierra Virgen*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- Kristeva, Julia. *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona: Plaza & Janés, 1991.
- Mackenzie, John M. (2005). “Imperios del viaje. Guías de viaje británicas e imperialismo cultural en los siglos XIX Y XX”. En Ricardo Salvatore (comp). *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 215-241.
- Martinic, Mateo. (1996). “Comentario Preliminar”. En Florence Dixie, *A través de la Patagonia* [1880]. M. Teresa Velasco y Rosanna Martelli (trads.) y Mateo Martinic (ed.) Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes, 5-9.
- Mignolo, Walter D. (2009). “La colonialidad: la cara oculta de la modernidad”. En *Catalog of museum exhibit: Modernologies*. Barcelona: Museo de Arte Moderno, 39-49. Disponible en:
http://www.macba.es/PDFs/walter_mignolo_modernologies_cas.pdf

- Musters, George Chaworth (1871): *At home with the Patagonians: A year's wanderings over untrodden ground from the Straits of Magellan to the Rio Negro*. London: Murray.
- Pratt, Mary Louise (2010). *Ojos Imperiales. Literatura de Viajes y Transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Vicuña, Manuel (2001). *La Belle Époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- West, Cornel (2002). "A genealogy of modern racism". En Philomena Essed y David Theo Goldberg (eds.). *Race Critical Theories. Text and Context*. Massachusetts: Blackwell, 90-112.